

LA HOJA de PARRA



MARCA
REGISTRADA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60
Telégrafo: LIBROJA

Apartado 547.—Teléfono 1843
Horas: de 9 mañana á 4 tarde

CARAS BONITAS

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth

EMILIO CARRERE
Exequias.

J. ORTIZ DE PINEDO
Vidas calladas.

G. GOMEZ DE LA MATA
Heroínas de los libros.

F. DE LA ESCALERA
El árbol sagrado del amor.

JERÓNIMO GÓMEZ
¡Arrastraol!

LUIS MEJÍA
Manos blancas.

FERNANDO MORA
... de menta.

TOVAR, LUCUIX,
OTELO y TINO

Varios dibujos y retratos de
Paquita Sicilia y
Germán Gómez [de la Mata.



Paquita Sicilia

Una cupletista que dan ganas de comérsela
por su belleza enantadora.

5 cénts.



Pues si que se va arreglando eso de la guerra! Por si eran pocas las naciones metidas en la danza macabra, Turquía se coló, ya de un modo definitivo, y Servia, después de darle unos cuantos zapatazos á Austria-Hungría, en la desigual y jocunda lucha del elefante y la hormiga, se ha lanzado también contra los infieles, como hemos convenido en llamar desde los tiempos de la primera juventud de Pepe Moncayo (cincuenta años

antes de Jesucristo) á esos tios del fez y de las babuchas.

Y ahora es cuando se ha puesto aquéllo verdaderamente interesante, porque es de lo más sugestivo que puede soñarse la entrada en acción de los turcos, quienes, según los técnicos de la guerra, son terribles cuando disparan sus dátiles contra el enemigo, y se explica, porque cuando se devora un dátil se deja el hueso descarnado y ya saben ustedes lo terrible que es que le deja á uno los huesos descarnados.

Yo acato la declaración de neutralidad que todos los partidos políticos de po. acá han hecho, pero, la verdad, me hubiese agradado que hubieran acordado que admitiésemos á los fugitivos y refugiados pertenecientes al sexo bonito, por no llamarle bello, de los países beligerantes, con objeto de atenderlas y consolarlas en su éxodo de la guerra. Y verían ustedes qué modo de inscribirse caballeros en las listas de la Cruz Roja especial que para este fin exclusivo se hubiese creado.

Por lo que á mi se refiere, juro que sería uno de los que haría todo cuanto pudiera para atenderlas y para consolarlas, al solo fin de dejar bien puesto el pabellón nacional.

Claro es que prestaría mis auxilios á todas, pero procuraría ser destinado á la brigada protectora de las de procedencia turca. Las otomanas son mi debilidad, lo confieso. Cuando cae por aquí alguna de las oriundas de Oriente, de esas que se dedican á agitar el vientre ante el respetable público, voy á verla y me entusiasmo ante sus evoluciones abdominales y si por complacer al auditorio, hacen lo propio con otras regiones de su cuerpo de ámbar, el entusiasmo se convierte en frenesí. Después de todo, no hago más que seguir el sablo ejemplo de muchos respetables diputados y senadores, que en cuanto anuncian un espectáculo sensacional, ya están allí para ver con sus propios ojos aquella inmoralidad en las costumbres pú-

TEOLOGÍA PURA



Ella.—Dice el Padre Pérez que es preciso limpiarse de pecados y conservarse en gracia de Dios.

El.—¿Limpiarse y conservarse? ¡Vaya! Eso también lo ha dicho Trevijano.

GALANTERIAS FEMENINAS



EL. — ¿Qué te parece la historietita? ¿Te ha gustado?

ELLA. — Como todo lo que sale de tus labios.

blicas y tomar apuntes para corregirlas y hasta para castigarlas.

Y si no fijense ustedes en esos jueves verdes que anuncian la «Chelito» en el antro de perversión que se llama Salón Chantecler. Aquello parece el salón de Conferencias del Congreso unido al del Senado. Vamos, una especie de reunión mixta de ambos cuerpos colegisladores, que acuden allí á cerciorarse de que los otros cuerpos que desfilan por el escenario, son auténticos, á cuyo efecto, más de un padre y no pocos abuelos de la Patria, piden á voz en cuello que les enseñen la verdad, todo lo más desnuda que sea posible. Y cuanto más arriba, mejor.

Pero volvamos á la guerra. Las noticias de los terribles ataques de los rusos internándose en el territorio de los hijos de Mahoma, es para ponerle la carne de gallina al hombre más sereno del mundo. Porque es un hecho conocido de todos, que el ruso es un fresco de mayor cuantía, y además de tener esta condición, posee la de ser excesivamente duro en sus agresividades.

¡Imaginense ustedes, dada la tirría que les tienen á los turcos, la de atrocidades que harán al entrar á saco, ó mejor dicho, á cosaco, en las poblaciones del país de la media luna! No dejarán ni siquiera la media

Y siguiendo en el terreno de las imaginaciones, supongan ustedes el estropicio que harán al caer sobre un harén. Con el hambre que llevarán y el deseo de destrucción de todo que les anima, es seguro que no dejarán un chisme sano.

A buen seguro que habrá aquí bastantes envidiosos de los bárbaros del Norte. Y hasta es fácil que falten algunas envidiosas.

Los unos por la satisfacción de que les digan «¡qué bárbaros!», y las otras por la posse de que les nominen: «¡qué mártires!»

Eso es cuestión de gustos y hay muchas gentes que les agrada que las den calificativos rimbombantes.

Un pequeño REPORTER



¡Y al llegar la hora de los rezos, nadie rezará por él!

Mis ideas tristemente dirán al verlo enterrar:
—Era un pobre loco y ha llorado mucho.
¡Que descanse en paz!

Emilio CARRERE

VIDAS CALLADAS

I

VILLA FLORA está aislada, lejana de todos los demás hoteles que forman piña desde media falda de monte al llano, y es de todas las villas la más pomposa: impera allí como gran señora entre

DIÁLOGOS CASEROS

—¿Qué quiere decir ese rótulo: «Señoras W. C.»?

—No lo sé. Antes se decía señoras de pp y w; pero han debido reclamar los Papes y lo han dejado así para despistar.

EXEQUIAS

¡Pobre corazón enfermo y herido por el pesar!
Entre las cenizas de mis alegrías le voy a enterrar.

—
Por la noche de mi alma sombrío el cortejo irá; el largo cortejo de mis ilusiones que con él se van.

—
Y mis locas esperanzas irán del entierro en pos, y tendrán sus tumbas en la misma tumba de mi corazón.

—
Le ha matado de la vida la negra lucha cruel.



—¿Y Pilita?

—No está. He encargado una lengua de vaca al carnicero de la esquina y la he mandado a que le den la lengua.

damitas. Fué el regalo de boda que hizo á la marquesa, el marqués de Bejamar.

El palacio, blanquísimo, elegante, construído al estilo moderno, albea en medio de los grandes jardines y rodea á los jardines una gran extensión de naturaleza bosque llena de caza. Hay una pequeña colección de fieras y grandes jaulas de cristal con diversas clases de aves, muchas de ellas exóticas. Hay una torrecita con ventanas de colores para ver, como en un diorama, el paisaje, y al pie de la torre un lago grande, limpio siempre azul, con barcas en forma de cisne; muchas fuentes, glorietas, cenadores, invernaderos y un palomar, cuyas palomas, al desbandarse, pueblan las avenidas en lluvia de nieve.

La casa tiene lujosas caballerizas con ricos trenes ociosos y hermosos caballos para regalo de la servidumbre. El marqués viaja casi todo el año por el extranjero, y la marquesa, aunque recluida en *Villa Flora*, no gusta de salir en coche ni de pasear en coche los jardines, ocupada tristemente en atender á su niña Rosita, enferma y postrada por la parálisis. En otro tiempo, durante los primeros veintidós años que sucedieron á la boda, los marqueses daban fiestas en su retiro á la sociedad que veraneaba en Aldeaflores; pero vino la enfermedad de la niña, y la marquesa, que es una desengañada de la ciudad y sus placeres de alto tono, cerró para siempre la puerta de sus salones á la alegría y el placer de afuera.

Quedáronse mudos los jardines, sin el bullicio juvenil y galante de las jóvenes

LA NOVIA DEL PERIODISTA



—Hija, no sé cómo Carlitos te acompaña sin escandalizarse de tu pluma.

—Porque yo me conformo con la de él, y eso que en el periódico no gana más que diez duros.

aristocráticas allí apiñadas, y quedáronse apagadas para siempre aquellas fantásticas iluminaciones, colgadas sobre las alamedas en las noches de fiesta. Los salones

quedaron como los jardines, silenciosos y austeros.

El palacio, por sus proporciones y por su riqueza, parece morada de reyes. Tiene vastos salones vestidos de tapices, coronados por áureos artesonados, alhajados á la antigua y á la moderna con muebles preciosos. Grandes galerías, salas, dormi-

de gloria. A los jardines de *Villa-Flora* llegan los olores sanos del campo vecino, del tomillo y de la hierba buena, y se mezclan con los aromas delicados de los jardines. Sus árboles renuevan la vida con poderosos florecimientos; sus fuentes suenan en la dulcedumbre primaveral con notas suaves que ya no tienen aquel tinte de

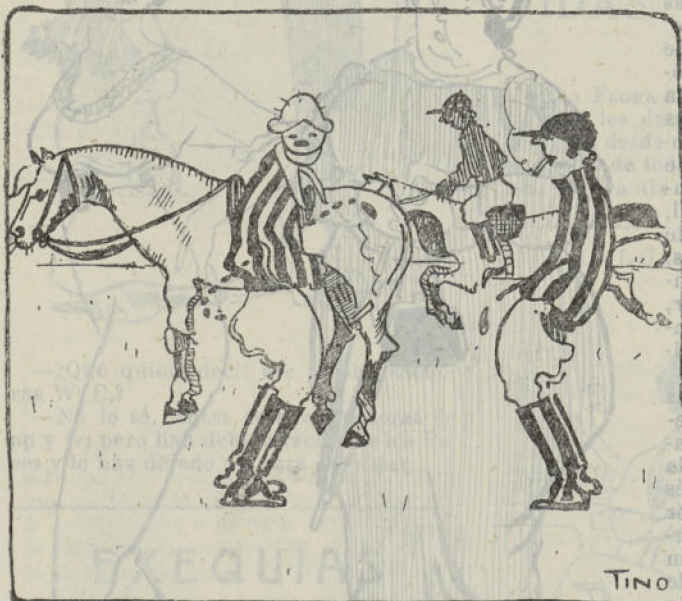
queja con que sonaban en el invierno; sus alamedas, sus paseos, sus glorieta y sus sendas se ofrecen, bajo el sol, como campo al idilio de almas enlazadas, á la convalecencia de pobres enfermos y á la melancolía que endulza de ancianos solitarios.

Los jardines de *Villa-Flora* aparecen en la mañana plétóricos de alegría y son á la tarde en el crepúsculo azul, un mundo soñado de melancolías infinitas; parece que por cada senda se va un alma querida, para no volver; que cada árbol señala á una estrella con misticismos desengañado de la tierra y que en cada flor hay una lágrima. Los mediodías de los jardines son ardientes, llenos de fuego de sol y ardor de la tierra fecunda.

Y cada amanecerte tiene su alondra y cada noche su ruiseñor.

Es por la mañana. Pasa por una senda, conducido por Antoñona, la vieja criada, el coche de manos de Rosita; va el cochecito vacío, á buscar á la enferma, como el coche de los muertos cuando va á buscarlos. Desaparece por una senda, por uno de los lados del palacio y vuelve á poco por la misma senda, trayendo la triste carga de la parálitica. Dora el sol el verde fresco de las hojas y cae, á trechos sin sombra y á trechos entre ella, sobre la cara de Rosita, alargada y finísima, toda

DETALLES FÍSICOS



TINO

—Aquella del sombrero negro es la que dice que le gustan los hombres con las piernas torcidas de montar á caballo.

—Sí; pero no sabe que en dejando de montar dos días se nos enderezan.

torios con antecámaras, comedores, salón de billar, salón de biblioteca y hall.

II

Está naciendo la primavera. Los jardines de *Villa-Flora* se cubren de flores; despierta el color vivo y alegre de las rosas, de los jazmines y de las adelfas; despierta el perfume, que estuviera misteriosamente encerrado en el botón de cada capullo, como el amor en el alma de la mujer adolescente. El cielo castellano se cubre de fulgores alegres, de irisaciones

ojos, unos ojos parados, como muertos, dulcemente azules, que están siempre abiertos, que parecen no poder cerrarse nunca; siempre desvelados, siempre tristes, como dos estrellas desveladas en la noche. ¡Y la pobre Rosita en su coche de manos, quieta y muda, como una muerte cita de siempre!

Un poeta, cincelador de piedras inmortales, ha dicho de unos ojos que «á ellos se asoma un alma perdida que busca un mundo distante». En los ojos de Rosita flota también un alma y un anhelo.

Tiene la niña una compañera: su muñeca, que la lleva siempre en el coche. Es una muñeca blanca, blanquísima, vestida de blanco, grande —como la sueñan las niñas— con el pelo de oro suelto sobre los hombros y un lacito de terciopelo negro sobre el pelo. Encanta las horas de la niña, que la contempla con largos saboreos del corazón.

Con su muñeca querida, Rosita va en su coche paseando los jardines. La vieja Antoñona conduce á la niña inclinando la cabeza más bien que por necesidad de la actitud por abatimiento del espíritu, haciendo de vez en cuando á la niña preguntas de amoroso cuidado y llamándola con nombres de mimo: quiere á la enfermita como á una hija de su alma: la vió nacer, la amparó con su cuidado desde el primer momento, la defiende día y noche de la muerte en acecho con el sacrificio de su vida; y la canta cuando duerme como á un bebé, y la enjuga las lágrimas sin motivo que asoman alguna vez á los ojos de la niña, y la hace reír alguna vez también, esforzándose ella misma por reír, y la besa, y la arrulla, y la da de comer, y la viste, y vela su sueño... Pero la enfermita va poco á poco muriéndose, apagándose, sin dolor, sin sentir nada, como se apagan tantas vidas silenciosas, como se apagan las estrellas y se marchitan las flores; con ese anochecer dulce, con esa muerte lenta de los crepusculos azules, de los pájaros que se mueren de frío y de las rosas que se secan en los vasos sin agua.

La niña y la anciana van camino de la glorieta donde el cochecito se para y hace un descanso largo, para que la enfermita disfrute de la frescura, á la media sombra que proyectan las frondas de los árboles de la glorieta besándose como las puntas de las palmeras.

Llegan á la glorieta; se para el cochecito. La vieja se sienta junto á él en un ban-

ENTRE BASTIDORES



—¡Ay, chica! A esas se las llevan. Estoy que no me llega la camisa al cuerpo.

—Puen ten cuidado: porque son las que bailan la matchicha y las detienen porque tampoco las llega la camisa.

co de piedra y contempla á la niña con tristeza, preguntándola como siempre:

—¿Te encuentras bien, chiquita?

La niña hace un gesto, una mueca más bien, sin decir nada.

Rosa herida de gusanos
es la rosa de mi cuna,
porque se le van cayendo
las hojitas una á una...

Antoñona y Rosita callan. Los árboles de la glorieta, enlazándose, proyectan una media sombra grata. El aire effuvia voluptuosidades...

LAS BUENAS FORMAS



—A poco no acudo a tu cita; mi hermana se empeñaba en venir.

—Tiene razón; una señorita debe ir acompañada. ¿Por qué no la has dejado?

—Porque quería venir ella sola.

Y un día, una tarde azulada, que tiene un lucero frente a la ventana abierta del dormitorio de la enferma, la marquesa se queda sin su hija, Antoniona sin su enfermita y Rosita sin su muñeca. A la rosa herida de gusanos se le cae la última hoja y la niña se muere, mirando ese lucero triste que parece que la llama...

¡Pobre Rosita! Hay niños que parece que los traen dormidos al mundo y dormidos se los llevan: pasar por la vida sin verla. Rosita fué un niño de esos; pasó por entre flores y risas del jardín, sin ver otra cosa del mundo. Los diez años de la niña fueron diez rosas; obres. Triste Rosita! Triste jardín, el de la vida, donde sus diez años florecían como rosas anémicas!

La marquesa llora su dolor de madre junto al lecho de la niña; y hay entre sus lágrimas ese único consuelo de las madres: ¡el cielo, ese cielo que ven las madres para las criaturas que se mueren. La vieja Antoniona no puede llorar de angustia; está espantada, como loca, mirando la carita adorable de la pobre muertecita; parece Antoniona más madre que la madre. No quiere que se la lleven su niña, su juguete de carne, su pena de un día y otro día. Ella cuidaba, cantaba, adormecía y arrullaba a la inútil muñeca, y era un consuelo para ella ir sosteniendo con sus manos temblonas aquella pobre vida; y ahora se lleva a su niña no sé qué ángel cruel, como si se complaciese, ¡Dios mío!, en dejarla a ella sola.

Al morir, tiende la niña sus bracitos mirando al cielo, á ese lucero triste de la tarde, y al mover los brazos parece como que son alas que palpitan trémulas ensayando un vuelo. Los ojos muy abiertos, parados y muertos como siempre, dulce-mente azules, que parecen no poder cerrarse nunca, siempre desvelados, siempre tristes, como dos estrellas desveladas en la noche. Los labios entreabriéndose como pidiendo un beso; desnuda la garganta y el pecho en desnudez blanquísima, donde tiemblan en los últimos alientos de la vida, los pechos nacientes

Es la hora santa en que se va del mundo el alma de un niño... Es la hora de las flores que se deshojan, de las músicas que se apagan, de los ruiseñores que se mueren de tristeza, de los poetas que lloran

ERUDICION



—Oye, hija, tú que sales tanto, ¿por qué se dice el agua y no la sguá?

—Porque lo manda la Gramática. ¿No has oído á mi profesor que cuando viene con nosotras dice que parece que lleva el alta... y baja?

AL TEATRO



El. —¿Pero á ti que te dan en *Las Pecadoras* que todas las noches vas á verlas?

Ella. —Pues me dan... nombre.

por el niño, de las madres que se vuelven locas de dolor... Es la hora del último beso, del lucero que llama desde el azul del cielo á un niño de la tierra, de la Virgen María que abre sus brazos inmortales para abrazar sonriendo al niño que llega... Es la hora bendita en que se reza por el alma blanca de un niño. Padre Nuestro que estás en los cielos...

IV

Si oís en el silencio de la noche un ruido de glas que tocan á los cristales, levantaos á saludar al almita infantil que pasa. Todo lo más puro y dulce de la vida se lo lleva ella como su única y legítima poseedora que es. Saludarla sintiendo que ese almita no entre un momento á dejaros algo de la serena calma con que abandona este mundo.

J. O. TIZ DE PINEDO

LOS NUESTROS



Germán Gómez de la Mata.

HEROÍNAS DE LOS LIBROS

DOÑA INÉS

Ideal en sus místicas alburas,
languidece cual pálida azucena,
sin saber de mundanas aventuras,
en su celda purísima y serena.

Tórtola sin amor, presente el nido
en los ensueños núbiles que ensarta,
y del devocionario bendecido
surge el amor en turbadora carta.

Vibra la virgen, de emoción rauda,
sintiendo anhelos de vivir la vida
en brazos del incógnito galán.

Un reloj da las horas sonoliento,
...y en la quietud nocturna del convento,
resueñan las pisadas de Don Juan.

COLOMBINA

¿Quién es esta menuda figulina,
toda pintada de color de rosa,
á quien se oye reír? Es Colombina,
Colombina y su risa bulliciosa.

Entre el confort del restaurant galante,
bebe champagne y charla alegremente;

el marqués la acaricia insinuante
y ella se deja acariciar sonriente.

Caricias que Pierrot estará viendo
desde la calle y se le habrán clavado
en el pecho, cual flechas, una á una...

Y Colombina y el marqués, sonriendo,
se abrazan mientras, fuera, desdeñado,
Pierrot cuenta sus celos á la luna.

MARGARITA GAUTIER

Flor de estufa, juguete de elegancias
que vive entre camelias y entre encejés,
emanando á su paso mil fragancias
el frou-frou rumoroso de sus trajes.

El malsano lucir que hay en sus ojos
dice la tisis que su sér consume
poniendo en sus mejillas tonos rojos
y en su alma melancólico perfume.

Un amor la redime de improviso;
del barro en que vivió se eleva altísima
para sacrificar á cuanto quiso;

y hermosa siempre y en edad temprana,
herida de pasión, muere purísima
en su lecho venal de cortesana.

CARMEN

Brilla febil en su mirada mora
el doloroso fatalismo moro
y es su negra pupila turbadora
negro misterio vetado de oro.

Venus gitana, z viva las pasiones
con su hermosura de gentil morena
y va hollando rendidos corazones
el paso de su gracia macarena.

La mata un nombre Carmen cae sin vida
revolcando en la sangre de la herida
sus morunos encantos peregrinos.

Mas ¿qué importa morir apañada,
si antes le clavó á él con la mirada
el puñal de sus ojos asesinos?...

Germán Gómez de la Mata.

Para toda clase de trabajos tipográficos,
dirigirse á la

Imprenta de "Ediciones España,"

Paseo de las Delicias, 60.

El árbol sagrado del amor.

EN medio del barranco, al morir sombríamente la tarde, se perdieron. Iban rendidos ya; los dos tenían el semblante sudoroso y pálido; sentían ambos deseos de entregarse al descanso, fuera como fuese, dejándose caer sobre la hierba. Como que llevaban tres horas de camino, y andando sin rumbo, que cansa más; desorientados, sin gana. Ella fué la que primero se dió por vencida, y aunque temblando de miedo, se decidió

—Estoy rendida, Luis, ¿descansamos?

No aguardó respuesta siquiera. Se dejó caer blandamente junto a un granado en flor, que á la sombra de la noche parecía una gran zarza entre cuyas espinas un fugitivo se hubiese dejado enganchados pedazos sangrientos de carne.

Luis limpió de pedruscos y de espinas el lugar escogido por la joven, y le dijo:

—No tengas miedo; échate, si quieres; y descansa: yo te velaré cuidadosamente mientras duermes.

DE OPOSICIONES



—Estoy impacientísima. No sé cuando se examina Pepe. Esta tarde le pregunté á sus compañeros que qué número hacía y se han echado á reír...

EN EL BAZAR



Ella.—Tenemos para todos los gustos.

El.—Pues tráigame usted una americana; pero si no me viene bien no hacemos nada.

—¡Ay, no; no me podré dormir! ¿Crees tú que pudiera tener tranquilidad para ello?

—¿Por qué no?

En esto se sintió un ruido entre la fronda cercana; ella tembló; él lanzó una mirada hosca.

Ana Maria se aferró convulsivamente al brazo de Luis y le dijo temblando, con voz musitada, quedito:

—Tengo miedo...

—¡Bah!

—Ya sabes que mi marido es el dominador de estos contornos, el señor absoluto; hasta las piedras le son fieles, y si nos ven, si nos espían, si nos cogen...

De pronto se escuchó otro ruido: éste ya más claro, más preciso; como el rumor de una pisada cuando se quiere disimular entre la hierba.

—¡Dios mío; nos han descubierto! —exclamó ella en tono apenas perceptible. Y temblaba en convulsiones nerviosas, alarmantes, irresistibles. Las manos estaban frías como la nieve. Gotas de sudor caían, como estalacmitas de su frente.

Por instinto de conservación, sin previo acuerdo, quedaron estatuaríamente quietos en la sombra, porque entre dos matorrales apareció un guardamonte dando lentas pisadas, como si estuviese al acecho.

Por fortuna el guarda se ajeó, y entonces Luis, levantando del suelo á su querida, le dijo:

—Haz un esfuerzo y sígueme; nos internaremos en el bosque. Nos están buscando. Tu marido es capaz de haber puesto en conexión toda la comarca al echarte

de m nos. Si seguimos aquí, los perros que Meven en la jauría nos olfatearán.

Siguieron andando en la sombra; unas veces arrastrándose; otras deteniéndose al acecho. La joven en una pendiente resba-
ló y al caer se hizo sangre en una mano.

—¿Te has hecho daño, mi vida?

—Un rasguño.

Luis á besos le limpió la sangre.

Sin hablar más anduvieron hasta llegar al bosque.

—Pasaremos la noche aquí. Aquí escon-

—¿Ves tú, Ana María? ¡Si hasta la casualidad nos quiere; mira qué nido más extraordinario nos depara!

Primero entró Luis en la grieta del árbol; luego la ayudó á subir á ella.

Luis tapó después con ramaje la abertura y, amándose, acariciándose, llorando, entre besos y suspiros, se quedaron dormidos, vencidos por el cansancio irresistible de la huida.

Cuando se despertaron al día siguiente, se hallaba en lo alto el sol. La fronda hermosa del verano le prestaba realce al panorama.

—¿Nos buscarán todavía?

—No lo dudes, si; mi marido no se conforma con su humillación, con su dolor; nos buscará días y días, hasta entre las ranuras de las piedras.

—¡Bah! no te importe; estableceremos nuestra residencia aquí los primeros días, hasta que comprendamos que se haya podido conformar.

Así lo hicieron.

Ana María no se alejaba nunca de junto á su árbol casa. Luis era quien hacía excursiones para poner cepos á la boca de las madrigueras y coger conejos, que eran por el pronto su alimento único, puesto que carecía de armas para proporcionarse otra caza.

Así vivieron dos días; haciendo vida de salvajes, de fieras. Al principio les repugnó la carne á la pizca, sin condimento y no pudieron comerla; luego, ante la fuerza de la necesidad, transigieron los dos, y entre mimos y besos se pasaban las horas en idilio constante...

—¡Si nos viese!

—Nos asesaría á los dos.

—¡Oh, sí!

Se hallaban en plena época feudal, cuyos siglos son la mancha más deshonorosa de la Historia.

Una noche los amantes se despertaron medio asfixiados; estrépito de infierno, de combate, se oía: asomó él la cabeza por la grieta del árbol.

FILOSOFIA BARATA



—... como han dicho en el inicio, la vidaha y que «ace-
tarla» tal cual es.

—¡Pero si yo soy una esclava de a vida!

didos ni toda la gente del castillo nos podrá encontrar.

Lo más sensible era que no tenían que comer, y que se hallaban extenuados ya de hambre y de cansancio.

La selva de noche estaba imponente.

—Tengo miedo, Luis...

—¡Si vas conmigo, mi vidual ¿Qué puede pasarte á ti?

Los reptiles, á medida que los amantes iban pasando, iban huyendo, y la brisa levantaba en la hojarasca tempestuosos ruidos.

Se internaron bien, bien; planamente. Luis descubrió un árbol cuyo tronco estaba hueco y era lo suficientemente espacioso para que ambos se pudiesen guardar.

—¡Dios mío! ¡fuego! ¡Es tu marido que ha incendiado el bosque!

Salieron aterrados. Pero no pudieron huir; las llamas llenaban el horizonte, inflamaban, congestionándolo, el cielo. Los reptiles huían...

El instinto de conservación les hizo refugiarse en el hueco del árbol nuevamente.

Luis tapó hasta el menor intersticio para rehuir durante el mayor tiempo que pudieran, la asfixia.

—¡Moriremos aquí; pero gloriosamente; abrazados a nuestro amor, a nuestro idilio, en crispaciones supremas!

—¡Moriremos aquí...

Ana María estaba como loca: ya no podía hablar; el espanto la había dejado muda. Lanzaba carcajadas horribles, que gravitaban dentro de la cavidad del árbol como si estuviese el tronco encantado.

En la selva se levantaba imponente el ruido del incendio, cuyas llamas inflamaban las nubes.

II

A través de los siglos el árbol se conserva, momificado, esqueleto. Es un tronco que parece de piedra. Sin duda el incendio no pudo destruirlo, al destruir el bosque.

En la comarca lo conocen por el «Árbol «agrado del amor», y en la noche de San Juan, los mozos y mozas de los pueblos próximos, van en romería a orar allí y a pedirle amores...

F. DE LA ESCALERA

¡Arrastra!

CANCIÓN GITANA

(Del Cancionero de «La Argentinista».)
Música de Abelardo Bretón.

Tengo la sangre jirviendo
por causa de un pelanchón,
que me tié con sus malas partias
jecha un chicharrón.

Le ha sorbió er seso una gitanucha
de un mal jarate, pequeña, flacucha,
que no vale ná;
y yo estoy pasando con mis churumbeles

peniyas mu grandes, fátigas crueles,
y ezo no está drento de lo rigulá.

Asina se llene de usagre perruno,
por malos reaños, por farso, por tuno,
¡ladrón!, ¡arrastra!

¡Mardita la hora en que ha conosío
esa mala jembra que le ha jonjabao!

No se imagina ese pivo,
que en el querer y er cuchillo,
hay por obra del infierro...

«mucho asero en la punta,
y ar cabo cuerno».

¡De verdá!

Er jugá con la candela
es una temería.

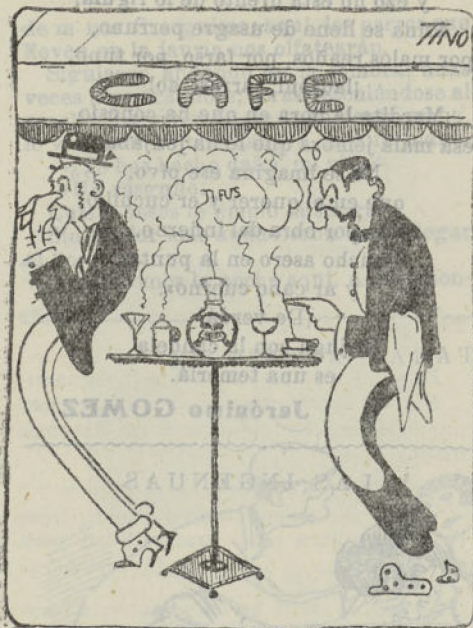
Jerónimo GOMEZ

LAS INGENUAS



—No te enfades, tontina. ¡Si yo sé lo que quieres! ¿No ves que de puro inocente te transparentas?

EL MIEDO AL TIFUS



—Tranquílcese el caballero. Le aseguro que el café está hecho con agua destilada.

—Sí, con agua; pero sin café.

Manos blancas.

Luisa dormía, lánguidamente recostada sobre el respaldo de un pequeño sillón de Vitoria.

Sus labios, abuitados y rojos, se movían perezosamente, modulando frases entrecortadas que enunciaban un poema de ensañadoras sensualidades. Su pecho, exuberante, pletórico, respiraba pausadamente con ondulaciones de carne rosa. Sus ojos, negros, brillantes, velados por el sueño, se destacaban en su cara de armiño, como un pensamiento en un campo de azucenas.

Soñaba. Soñaba que un hombre, le decía al oído, una canción de pasiones tentadoras, y que en un momento de calentura, los labios ardientes de aquel hombre, se unían á los suyos en un beso tan largo como una eternidad.

Luisa, soñando así, estaba arrebatado-

ra, incitante; parecía una ilusión hecha carne; una virgen de Rubens hecha mujer pecadora.

Fernando, que hacía ya un gran rato que la observaba por entre las colgaduras del portier, no pudo resistir la tentación de contemplarla más cerca, y entró.

La majestuosa soledad de aquel cuarto coquetón, en el que flotaba una nube de perfumes delicadísimos, fué para Fernando la revelación de un deseo, que empezaba á germinar por sus venas con deslumbramientos eróticos, con floraciones de lujuria arrolladora.

¡Estaba Luisa tan hermosa, tan apetecible, y la ocasión era tan oportuna! ¿No podía él, impunemente, juguetear con aquellos cabellos; besar aquella boca, descubrir, aunque veladamente, el misterioso altar de aquel seno?

Fernando temblaba: sentía una sensación indefinible, que le arrastraba hacia Luisa, con una fuerza desconocida, pero brutal; como la fuerza que empuja al alud al hondo del valle.

Y así, arrastrado, empujado, se acercó á ella y la miró un instante con éxtasis de gula. Luego cogió sus manos pequeñas, mórvidas, y las sobó con delicia entre las suyas. Así pasó un largo rato, queriendo abalanzarse sobre ella y apretaría contra su corazón, y decirle que la quería, que la adoraba... Fernando no pudo más. Extendió sus brazos sobre el cuello tentador de Luisa, y, acercando su boca de fuego á la boca de aquella mujer soberana, que se movía, con anhelos de caricias, estampó un beso ruidoso, atronador, que llenó el gabinete de aleteos impalpables.

Luisa despertó sobresaltada, y al ver á Fernando en aquella posición, dió un grito y se levantó furiosa.

Fernando quedó arrodillado, sin saber qué hacer; estaba como un idiota, no tenía ni voluntad para balucir una excusa ni valor para afrontar con energía la situación.

Luisa le miró durante algunos minutos, con esa indignación que tan bien saben fingir las mujeres en los trances apurados del amor. Esperaba en Fernando un arranque, una declaración, cualquier cosa de las que saben decir los hombres atrevidos para salir airosos de un momento difícil. Y viendo que Fernando seguía inmóvil, se sintió humillada, y, por hacer algo, le dió un bofetón en plena mejilla izquierda y se quedó mirándole en actitud amenazadora.

—Es usted un canalla —le dijo, después de un momento de pausa—; el hombre que sorprende á una mujer dormida para darle un beso, no merece que se le perdone nunca.

Fernando, arrepentido y triste, se acercó á ella, y,

—Es que no he podido contenerme —le dijo—; es usted tan hermosa, que sería hacerle una ofensa verla sola y no darle un beso.

Luisa, más calmada, envolvió á Fernando en una mirada que parecía una llama de incendio, y le dijo:

—¡Si al menos me lo hubiera usted dado estando despierta!...

Luis MEJÍA

... DE MENTA

Eras, divina Leonor,
amiga de la que amaba;
tu ayuda, nos procuraba
avistarnos sin temor,
agradecido amador,
tanto te llegué á deber,
que no acertando á saber
cómo pagarte la acción,
te di entero el corazón
y... olvidé á aquella mujer.

—¿Qué es de otra; no le hagas cara!

—¡Mejor!

—Chica no te entiendo.

—Un pollo, todo lo cuenta
que venga ó no venga á cuento,
y un casao, por conveniencia
tié que guardarte el secreto...

—¡Mis hijos desde anoche no han pro-
ni una miga de pan!... [bado

—De verdaa que lo siento caro amigo
pero no tengo un real.

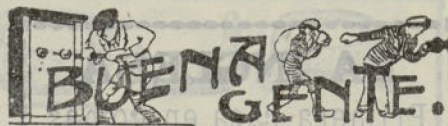
—Préstame cinco duros, que me espera
y tengo que llevarla á merendar...

—¿Es bonita?

—¡Bonita? ¡Es un arcángel!

—Toma diez. ¿Quieres más?

Fernando MORA



Por faltar á los compromisos que tenían adquiridos con la Empresa de LA HOJA DE PARRA, y no pagar, se ha suspendido el envío de paquetes á los corresponsales siguientes:

Florencio G. Bermejo, Valdepeñas (Ciudad Real).

Amador Hernández, Ahillones (Badajoz).

Demetrio Montes, Obregón (Santander).

José L. Galiano, San Carlos (Cádiz).

Recomendamos á la memoria de las demás Empresas periodísticas y editoriales á estas distinguidas personas.

Almanaques para 1915

En la Imprenta de Ediciones «España» se ha hecho una edición de *Almanaques de bolsillo para 1915* muy útiles para el comercio que, además de servirle de propaganda, podrá obsequiar á sus favorecedores en las próximas Pascuas.

Para pedidos y demás detalles, dirigirse á la Imprenta de Ediciones «España»

P.º de las Delicias, 60, teléf. 1843

Agentes exclusivos en Sud América

MANSIP Y COMPAÑIA

RIVADAVIA, 626.—BUENOS AIRES.

Talleres particulares de Ediciones «España» (S.A.)

LA INGLESA

Primera casa en gomas
higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

Catálogo gratis enviando sello.

Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de LA HOJA DE
PARRA en Madrid. Abada, 22, tienda.
Aparte toda clase de periódicos y revistas.

IMPRENTA

DE

EDICIONES ESPAÑA (S. A.)

En esta imprenta se hace toda
clase de periódicos, folletos,
circulares, facturas, cartas co-
merciales á precios
económicos.

PASEO DE LAS DELICIAS, 60

Departado 547. MADRID Teléfono 1.843

Agente exclusivo para los anuncios de LA
HOJA DE PARRA

Francisco Paster, San Bernardo, 1, 3.º

Un consejo á las señoras

que padecen de rubicundeces, ta-
ros etc. Tomar todos los días un
Papel Yhomar disuelto en un vaso
de leche o agua muy azucarada,
y desapareceren esos defectos que
afean el cutis y teniendo constancia
obtendréis una piel fina, tersa y deli-
cada como pétalos de rosa. Gayoso,
Madrid; Gamli, Valencia, y en las
principales farmacias bien surtidas.

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR
NI OPERAR la uretra cróstata, vejiga
y riñones. Dilata estrecheces,
rompen la piedra y disipan las are-
nillas curan los catarros é irritacio-
nes de la vejiga; calman al momento
las punzadas y horribles dolores de
orina, limpiando la orina de pose
blancos purulentos, rojizos y de san-
gre. Las SALES KOCH no tienen rival
por su acción rápida y segura. Venta
en las boticas del mundo. Las CAP-
SULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin
peligro, los flujos bienorrágicos secre-
tos recientes y modifican los cróni-
cos. Para lograr un éxito fijo pidase
gratis á la CLÍNICA MATEOS,
Arenal, 1, de MADRID (Espa-
ña), el método explicativo infalible.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

FRUTA PROHIBIDA LOS QUINCE GOCES DEL MATRIMONIO
MISTERIOS Y SECRETOS DEL LECHO CONYUGAL (2 tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por CINCO pesetas en Giro postal, mutuo
ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO francos ó UN dollar.—Los pedi-
dos, con su importe, diríjanse ÚNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80,
4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896).—BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo
sellos por valor de 0,50 ptas.—EXPORCIACION, POR MAYOR, DE REVISTAS ILUSTRADAS Y PE-
RIODICOS á los señores libreros y Corresponsales de España y América.